

EDUCACIÓN A DISTANCIA: TECNOLOGÍAS Y ACCESO A LA EDUCACIÓN SUPERIOR

Dra. Silvia Coicaud

Buenos Aires, Biblos, 2010. ISBN 978-950-786-806-1

Autor de la reseña: Mgter. Luis Ricardo Sandoval

Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco

E-mail:lrsandoval@unpata.edu.ar

En un pasaje de Metáforas de la vida cotidiana, George Lakoff y Mark Johnson mencionan la preeminencia de la metáfora “más es mejor”, al menos en las culturas occidentales. Así, es mejor más dinero, más salud, más días de vacaciones, etc.; pero esto de un modo no lineal: también pueden ser buenas más sencillez o más brevedad. El libro que estamos reseñando, Educación a distancia: tecnologías y acceso a la educación superior, de la Doctora Silvia Coicaud, es pequeño en su extensión, pero denso de ideas, sugerencias, notas críticas, análisis.

Se trata, sin ninguna duda, de una investigación académica, parte de su tesis de doctorado en Didáctica y Organización Escolar por la Universidad de Granada, pero también resulta inocultable que constituye además una intervención política. Porque la educación a distancia es necesariamente un frente político, en la medida en que se propone lograr la democratización del conocimiento. Ello queda claro cuando, en las primeras páginas, la autora se ocupa de situar el nacimiento de la educación a distancia universitaria en la experiencia de la Open University, una experiencia inescindible de las búsquedas de la nueva izquierda británica en los años sesenta.

¿Pero de qué se trata todo esto, o cuál es en definitiva el cariz político de algo que algún desprevenido podría suponer una mera estrategia didáctica? Ciertamente: la educación a distancia es una estrategia, pero lo es un sentido mucho más abarcador, porque se plantea derribar (obviamente) las distancias geográficas, pero también las distancias sociales que amurallan los estudios

universitarios, dejando a muchos del lado exterior. O ése es su cariz utópico, que resulta imprescindible conservar.

Imposible mantener la ingenuidad: quienes quedan “fuera” de los estudios superiores nunca son una mera estadística, ni su situación tiene como causa la aleatoriedad. Al contrario, los habitualmente excluidos son aquellos que están desfavorecidos porque trabajan mucho, o porque viven lejos, o porque son mayores, o porque tienen familia... No es necesario recordar aquí que el sistema educativo puede ser una herramienta para la igualdad democrática, pero también -muchas veces- una máquina para profundizar las inequidades.

La educación a distancia, señala Coicaud varias veces en este libro, es un camino posible para superar las rigideces que imponen los enmarcamientos de los formatos académicos tradicionales. Si Pierre Bourdieu decía que un discurso no se emite sólo para ser conocido, sino -sobre todo- para ser reconocido, es obligatorio reconocer que los claustros universitarios (y ya el término “claustro” sugiere bastante: su origen arquitectónico denota un espacio cerrado, de acceso permitido sólo a algunos) muchas veces son dispositivos de alta eficacia; pero no para incluir, sino para dejar fuera.

El posicionamiento de la autora es claro al respecto: la educación a distancia es un camino para la democratización, para la inclusión, para la igualdad de oportunidades. Y por eso el rol predominante que debe tener la universidad pública, como una garantía para que ése sea el sentido de los proyectos. Porque especialmente a partir de los noventa la educación mediante entornos virtuales también se ha convertido en un nicho de mercado para proyectos comerciales, y el riesgo de descarrilar existe también en las universidades públicas.

Afirma al respecto Coicaud: “Si bien estos mercados del conocimiento posibilitan a muchos el acceso a una formación sistemática en diversas áreas disciplinarias, creemos que estas opciones de consumo cultural pagas no deben ser las únicas. La responsabilidad del Estado de asegurar el acceso a estos formatos educativos no debe estar ausente, pues de otra manera se generarían circuitos fuertemente diferenciados” (pág. 25).

Es así que un eje de este estudio, y que resulta meritorio en la importancia asignada, es la relación entre la educación a distancia y las políticas públicas igualitarias y democráticas. Pero otra línea de trabajo del libro es -casi diríamos- interno a los mismos proyectos de educación a distancia, y ello particularmente para los que se vuelcan a un uso intensivo de tecnologías de información. Aquí el riesgo consiste en que las propuestas didácticas no superen el umbral de un conductismo vetusto: no son pocas las propuestas que terminan siendo vino viejo en odres nuevos, computadoras y aparatología en la superficie, pero articulados en una lógica tributaria del mismo conductismo que piensa el proceso educativo como una sucesión de estímulos y respuestas. Parecía desterrado aquí, en la presencialidad, resurge impertérrito allí, en los entornos virtuales. Las carencias formativas de los docentes, en lo que hace a un uso pedagógico de las TICs conspiran para que ello suceda, carencias que no se solucionan con mayor equipamiento; antes bien éste las vuelve aún más evidentes.

Un punto especialmente valorable del libro queda constituido por las entrevistas a Graciela Carbone y a Edith Liwin, esta última maestra de la autora y de toda su generación de especialistas en tecnología educativa, fallecida el año pasado. También resulta de interés un mapeo de las experiencias de educación a distancia en distintas universidades argentinas, con especial atención a las de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, institución que cuenta a Coicaud en su plantel de docentes-investigadores, experiencias con las que la autora ha tenido una relación directa y no pocas veces protagonista.

Es sabido que al análisis social de las TICs le cuesta seguir el ritmo de las innovaciones técnicas, pero tal vez una novedad radica en la aceleración de definiciones políticas, propia de los últimos dos



años. Dice la autora, y lo dice acertadamente para el período bajo análisis: “[En nuestro país] sólo se respondió a la demanda de dotar de computadoras a las instituciones educativas, pero no se definieron los propósitos pedagógicos ni las normas metodológicas”. Sin embargo, es justo reconocer que a partir de 2009 en Argentina se han anunciado -y en algunos casos emprendido- un conjunto de planes que tendrán un impacto directo en las temáticas analizadas en este libro. El conjunto definido por el Programa Conectar Igualdad (una computadora en las manos de cada estudiante de secundario del país, y en consecuencia de cada alumno que ingrese a la universidad), el Sistema de Televisión Digital Argentino (que permitirá contar con señal televisiva gratuita pública y de alta calidad técnica en la totalidad de la superficie del país) y el Plan Argentina Conectada, (que creará un backbone público alternativo y cuya meta es duplicar los accesos a banda ancha en 2015), sin ninguna duda cambiarán drásticamente la infraestructura de TICs del país de un modo que por ahora nos cuesta dimensionar. Estos cambios parece que van en el sentido que se propone en este libro: las tecnologías, la educación y la producción cultural como derecho, como políticas públicas que tiendan a compensar las diferencias geográficas, económicas y sociales. El panorama, entonces, permite entrever la existencia de valiosas oportunidades, pero justamente por ello es imprescindible bregar por su concreción. En este sentido intervenciones como la constituida por este libro no puede ser más oportunas: al situar la educación a distancia en un proyecto político democratizador y señalar las dificultades que la acechan, resulta posible entrever los caminos que es necesario explorar. Una educación a distancia de nivel superior pública, democrática, progresista y humanista es posible. El desafío a asumir es concretarla.